

PARA VIVIR LA SEMANA SANTA

Comenzando...

Un novio, que por motivos de estudio vive muy lejos de su novia, le escribe: “No sabés cuánto te agradezco el esfuerzo de haber compartido una semana conmigo. Puedo decirte que, para mí, ha sido la semana más importante del año. No veo la hora de que estemos juntos para siempre”.

el amor necesita alimentarse de la presencia, del estar juntos, del compartir lo que más hondamente sentimos.

A los cristianos, el Señor Jesús les da esta oportunidad de compartir con Él, de manera muy especial, la Semana Santa, en la que celebramos los grandes misterios de nuestra fe: “La semana más importante del año”.

La llama del corazón de Cristo está siempre ardiendo, pero ¿la nuestra? ¿No corre peligro de apagarse con los vientos y tormentas de la vida? ¿No tendremos que avivar las brasas, para que no nos entre el frío y se nos hiele el alma?

Vivir a fondo la Semana Santa, desde una mirada de amor, es esencial para el cristiano. El novio viene a nuestro encuentro a prepararnos para el “otro” encuentro que será “para siempre”.

Domingo de Ramos

El gran portal

Jesús sube a Jerusalén, como lo había anunciado varias veces a los discípulos. Según Lucas, en esta subida se anuncia, de algún modo, su ascenso hacia la cruz.

Cuando Jesús entra en la ciudad, por una parte, hay alegría y júbilo, por otra, la sombra de la pasión. La multitud, donde hay muchos jóvenes y niños, vitorea, canta estribillos, extiende mantos y alza los ramos y las palmas.



Todos en la ciudad se encuentran en estado de ebullición. Las calles están llenas, dada la ocasión, de muchas iglesias y capillas. Pero Él viene montado sobre un asno, sin ninguna pretensión, sin arengas ni discursos. Mientras la multitud lo aclama, Él entra silenciosamente en la ciudad “santa”, a través de la puerta, donde culminará su misión, al mismo tiempo gozosa y dramática. Porque será también el momento del abandono, de la soledad, de la traición. Por eso, hoy se lee el Evangelio de la Pasión.

Porque ciertamente el Domingo de Ramos nos invita a tomarnos en serio la vida y la fe. Vamos a vivir un tiempo santo y tendríamos que descalzarnos, como Moisés, ante la zarza ardiente. Descalzarnos, tal vez, de nuestros hábitos consumistas, de nuestras mentiras, de nuestra mediocridad, del ruido en que nos movemos. Estamos por vivir un momento único en el año y no podemos perder esta oportunidad.

Por eso, unámonos al coro de la multitud y digamos también nosotros: “Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna al Hijo de David”.

Jueves Santo

La intimidad de la cena

¡Cuánto necesita el ser humano para sentirse amado! ¡Y cuántas veces se ve frustrado en esta aspiración!

El Jueves Santo es el día del encuentro más personal y más íntimo con el esposo. “Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13, 1). ¿Habremos entendido bien? Sí, hasta el extremo.



Hoy, Él mismo nos lava los pies, Él mismo nos sirve sobre la mesa su carne eucarística y el vino de su sangre. Nos llama “amigos” a quienes lo han negado y traicionado. Anticipa su partida en lo que devendrá luego la Pascua del cristiano. El misterio del cuerpo entregado y la sangre derramada se hace mínimo ante nuestros ojos, en el pequeño pan y en el poco de vino. Mínimo en la apariencia y máximo en la presencia.

Pero no se quedó solamente con esto: quiso dejarnos también el sacerdocio, para que nunca lo sintiéramos lejos y pudiéramos revivir la Pascua cada domingo, de la cual todos participemos por el sacerdocio bautismal, pero junto con alguien que represente al mismo Jesús y lo presida en su nombre.

Él quiso, también, que pudiéramos vivir el amor de hermanos. Por eso, es que contamos con el mandamiento de la fraternidad, el nuevo maná del amor fraterno,

para que caminemos juntos y no haya nada que nos separe, para que nadie se sienta solo e ignorado.

Eucaristía, sacerdocio, fraternidad: la trinidad del Jueves Santo para el cristiano.

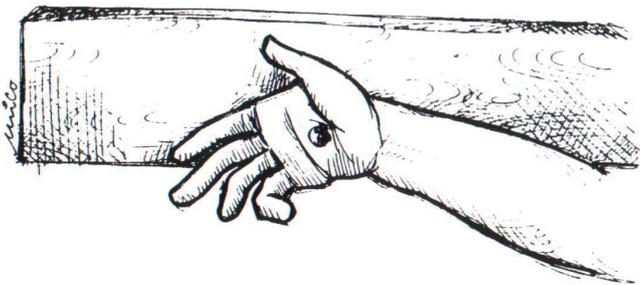
Viernes Santo

La inexplicable cruz

El ser humano es capaz de maldecir. Y maldice todos los días, ¿por qué negarlo? Maldice por las enfermedades, por los conflictos y disgustos familiares o sociales, por la inseguridad, por la crisis que vivimos como país, por la muerte que nos acecha.

El Viernes Santo es la respuesta a todas las maldiciones. Porque hubo Alguien que cargó sobre sí toda la maldición, toda la maldad: “Maldito el que cuelga del madero” (Dt 21, 23).

La cruz es la respuesta al dolor y al sufrimiento humano, sobre todo cuando resulta del todo inexplicable. Porque la cruz también es inexplicable.



Desde luego, ninguna respuesta podrá ser convincente para quien no cree, o para quien queda quebrado por los golpes de la vida. Y esto, también es válido para el creyente que no está a salvo de la duda, de la rebeldía, de la desesperación. Por ese motivo, el dolor oscuro y sin respuestas siempre debe ser respetado.

Sin embargo, desde la cruz, sabemos que, para el creyente, nada en la vida es desperdicio. El dolor puede ser una fuente de donde mana el agua viva de la salvación, como el agua que brotó de aquel costado abierto.

Por la Cruz, sabemos que todo sufrimiento está llamado a ser fecundo, al igual que el dolor de la mujer cuando da a luz. Por eso, rezamos en el viacrucis: “Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al mundo”.

Sábado Santo

¿Nada más que una tumba?

Verdaderamente está muerto y enterrado. Como si fuera poco, se trataba de un cuerpo literalmente destrozado. No fue una ficción, un “como si”. Realmente murió y fue sepultado.

El Sábado Santo es, de alguna manera, el día del sepulcro. Y tal vez, por ese motivo, parece vacío ya que no hay celebraciones, ni liturgia hasta el anochecer.

Sin embargo, para el creyente, debería ser un día lleno de meditación y de gracia, de honda reflexión personal y, sobre todo, de gran expectativa. Porque nosotros ya sabemos que su muerte no fue el final de todo. Que la muerte fue aquel momento en el que preparó el “gran paso”. Que fue, en todo caso, el signo de mayor entrega, de aquella entrega que anunciaba una vida nueva. La que saldría victoriosa de la tiniebla para encender una esperanza invencible en el corazón de los hombres.

El cuerpo no ha sido preparado con los aceites, ungüentos y perfumes, como acostumbraban los judíos, pero no despidió el hedor de la muerte.

Más que una cámara mortuoria, como lo insinúa el Evangelio de Juan, su tumba se parecía a un lecho nupcial, de donde brotó el amor y la vida. Porque el esposo no quedó en poder de la muerte.

El creyente está al tanto de lo que acontecerá. Por eso, hay serenidad en su corazón, como debería haber ante cualquier muerte. Porque, a partir de ahora, la misma muerte cobrará otro sentido.

Así, comienzan a filtrarse los primeros rayos del sol de la Pascua.

Una noche hacia la madrugada

La vigilia pascual

La vigilia pascual, en la noche del Sábado Santo, es la madre de todas las celebraciones cristianas. Es un cielo nimbado por una constelación de símbolos, cuya fuerza y belleza no tiene comparación. Sobre todo, los símbolos mayores: la luz, el agua, el pan y el gran cirio pascual, cuya luz hiende en la oscuridad de la noche como signo de Cristo resucitado. Allí la poesía se une a la épica para cantar la victoria del gran lucero de la mañana, “aquel lucero que no conoce el ocaso”.

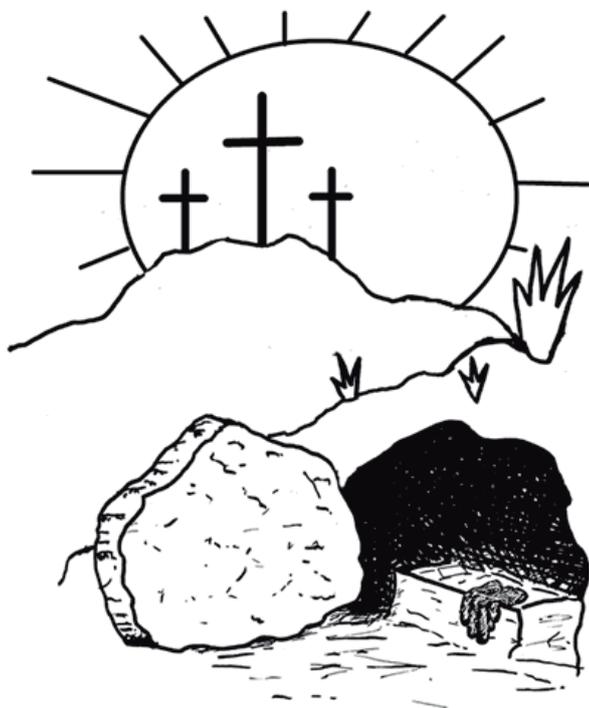
Y todo esto bajo la guía de la Palabra, aquella gran carta de amor que Dios quiso escribir a los hombres. Por eso, la selección de lecturas que nos recuerdan que toda la historia de la salvación anunció y preparó este misterio.

Se trata del paso de las tinieblas a la luz, de la esclavitud a la libertad, de la muerte a la vida. Se trata de la victoria sobre todas las fuerzas del mal que entenebrecen la historia grande de los hombres y la historia pequeña de nuestra vida. Porque hay un nuevo amanecer, un sol que aparece rasgando las sombras de la noche, donde se abre la posibilidad para el ser humano de volver a nacer “por el agua y el Espíritu”.

Antiguamente, en la Iglesia primitiva, la única celebración del año eran los bautismos. También estamos invitados a descender a la piscina bautismal y renovar aquellas promesas que, tal vez, si fuimos bautizados de niños, otros hicieron por nosotros en nuestro bautismo. “Hemos sido sepultados con Cristo por el bautismo... para tener una vida nueva” (Rm 6, 4).

Por todo esto, la aspiración de los hombres a la felicidad y a la vida ya no podrá ser truncada.

En Jesucristo, la vida ha vencido definitivamente a la muerte.



Domingo de gloria

¡Cristo ha resucitado, aleluya!

Esta es la Buena Noticia que el primer día de la semana arroja sobre la faz de la tierra.

La gloria de Dios se ha manifestado al mundo: “Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres que ama el Señor”.

Aquella gloria que se posaba sobre la tienda del encuentro, hoy es esplendor puro y radiante en el resucitado, signo de la presencia de Dios en el medio de su pueblo. Él es, ahora, nuestra luz indefectible en los desiertos de la vida.

El ha sido exaltado y está sentado a la derecha del Padre, pero al mismo tiempo, está y estará con nosotros hasta el fin de la historia. Por esto, hoy vivimos un anticipo de lo que serán las bodas del Cordero, el momento en que reinemos con Él para siempre.

Pero, entre tanto, como hizo con los discípulos de Emaús, Él nos acompaña en nuestro camino de creyentes, especialmente en los momentos de crisis y dificultad. Y nos sigue partiendo el pan de la amistad, de la Palabra y de la Eucaristía.

El es verdaderamente el Señor, al que todo fue sometido. Que nuestros corazones también sepan someterse, para que podamos ser auténticamente libres y luminosos. Hemos sido llamados a comunicar su luz a los hombres.

¡Gloria a ti, Señor Jesús! Amén, aleluya.



EDICIONES
DON BOSCO
ARGENTINA



eNICOS
Equipo Nacional de
Comunicación Social
Salesianos Argentina